

EL BALCÓN DE LA ABUELA

Érase una vez, unas hermanas ovetenses que visitaban a su abuela cada domingo. Se llamaban Lara y Rosa. Les encantaba ir a su casa porque había muchos juguetes y porque era muy grande. Pero lo que más les gustaba era el balcón. Tenía barrotes en vertical de color rosa. Desde allí se veía toda la ciudad.

Un día, jugando con Rosa, Lara metió la cabeza y las piernas entre los barrotes. Cuando iba a sacar la cabeza, no pudo. Lara empezó a llorar y su abuela acudió a ayudarla. Ella tampoco lo logró. Llamaron al 112. Poco después llegaron los bomberos e intentaron por tercera vez sacar del balcón a la pobre Lara. No lo consiguieron. Sólo la podían sacar rompiendo los barrotes. Se lo comentaron a la abuela y ésta aceptó. Al fin, consiguieron su objetivo, pero las dos hermanas estaban tristes porque habían destrozado el balcón que tanto les gustaba. Rosa tenía moratones por detrás de las orejas, aunque a ella le daba igual. En ese momento, lo único que le importaba era el balcón: lo quería tal y como era. Tal y como había sido siempre.

Pero en la casa de la abuela había gastos más importantes y el dinero no llegaba para todo. Así pues, las dos hermanas crecieron y el balcón seguía roto.

Decidieron dedicarse a la carpintería y al bricolaje para poder reparar el balcón que tanta diversión les había dado de pequeñas. Una vez terminados sus estudios, Lara y Rosa formaron una empresa de rehabilitación de casas.

Desde ese día pudieron cumplir su mayor deseo. Lara y Rosa encontraron su vocación y fueron las mejores carpinteras del mundo.